

DON JUAN DE LA TIERRA.



NUEVA RELACION

en que se da cuenta y declaran los hechos, arrestos y valentías de este héroe, natural de la villa de Illescas.—Dáse cuenta de la reñida pendencia que tuvo en defensa de su rey, con todo lo demás que verá el curioso lector.

PRIMERA PARTE.

Corónense de laureles todos los guapos de España, al oír de un castellano triunfos, victorias y palmas, y los hombres mas valientes humildes le rindan párias á este héroe, á este tremendo, segundo Marte en las armas.

Nació en la villa de Illescas dando aumentos á la fama, el gran don Juan de la Tierra, de esclarecida prosapia, aunque un mediano caudal á su padre le acompaña. Diéronle estudios, y fue un Séneca en la elegancia:

y en manejar el acero
 escedia á otro Carranza:
 aquí se cumple el refran,
 hombre pobre todo es trazas.
 Sabiendo estas facultades,
 á rienda suelta se andaba,
 riñendo algunas pendencias
 en defensa de las damas.
 Cumplidos los veinte años,
 edad florida y gallarda
 de sus juveniles dias
 y madurez de su infancia,
 en el golfo de sus gustos,
 eterno consideraba
 á su padre, mas frustróse
 toda su vana esperanza;
 se trasformaron sus gozos
 con el anhelo y la carga
 de su madre, y los cuidados
 de su padre le quedaban.
 Mas como la juventud
 en nada pone eficacia,
 arrestado dió la muerte
 á un mancebo de su patria.
 Ausentose y fue á la corte,
 tomó de soldado plaza
 en una bandera que,
 para Nápoles marchaba,
 y con capa de soldado
 vivia muy á sus anchas.
 Saliose una oscura noche
 á buscar á cierta maja,
 y al pasar por una calle
 oyó que hablaba una dama,
 porque el eco de la voz
 femenina se mostraba.
 Parose é hizo reparo
 que á un caballero le hablaba,
 diciendo: póngase en fuga,
 mire que si no le matan;
 á cuyo tiempo llegaron
 ocho hombres con espadas.

Juan de la tierra que vió
 aquella alevosa infamia,
 al lado del caballero
 se puso con arrogancia.
 Portóse con tal vigor,
 que los cuatro en la estacada
 fueron á dar residencia
 á las celestes moradas,
 y los otros hacen fuga,
 que como el viento volaban.
 El caballero le dice:
 ¿Quién eres? ¿cómo te llamas?
 Juan de la Tierra es mi nombre,
 Illescas mi amada patria.
 Así le hablaba don Juan
 á la magestad cesárea
 del rey don Felipe cuarto,
 el que al proviso le manda
 tomase algunos doblones,
 y tambien la real alhaja
 de un anillo de brillantes,
 y que á palacio se vaya
 luego que amanezca el dia,
 que será mejor la paga,
 que él era el mayordomo
 del rey, y mire, le encarga,
 que no se olvide de ir;
 adios, porque viene el alba.
 Don Juan colocó su anillo
 en una bolsa, y lo guarda
 con cuidado dentro del pecho:
 ¡oh lo que el discurso alcanza!
 En tanto que hubo dineros
 tuvo muchos camaradas.
 Llegó el dia de partida,
 á Nápoles fue la marcha,
 llegaron á la ciudad,
 adonde el resto gastaba;
 viendo no tenia un cuarto
 y que el hambre le apretaba,
 acordóse de su anillo.
 A un platero se llegaba

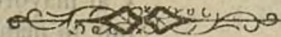
Juan de la Tierra, y me dió
aquesta real alhaja,
y dijo que era hijo vuestro,
y en la dicha confianza,
para su adorno y decencia,
le di monedas y galas.
No siento, señor, la hacienda;
solo siento mi hija amada.
El gran Felipe acordóse
de aquella noche pasada,
cuando al soldado le dió
el anillo, y se separa
diciéndole que volviese
al cabo de dos semanas.
El gran rey mandó llamar
á un capitán de sus guardias,
diciendo pasase á Illescas,
y diligencias se hagan
de un tal don Juan de la Tierra,
y que á palacio lo traigan.
Fue el capitán, y lo halló,
vino con su esposa amada.
Ante el rey los dos pusieron
á lo que dispone y manda
que todos se retirasen;
con el soldado quedaba.
Juróle por su corona,
si la verdad no declara,
que tiene de castigarlo;
que, ¿quién le dió aquella alhaja
de aquel anillo real?
A lo que don Juan le habla,
diciéndole: paseando
una cierta noche andaba
por la corte, cuando oí
una voz muy delicada
de una dama que decia:
huya, huya, que lo matan.
Vide á cierto caballero
hecho un Marte en la campaña,
que de ocho se defendia
con española arrogancia.

A su lado me planté,
arranqué, señor, la espada,
quitándole algunas puntas,
porque grandes estocadas
le tiraban los traidores;
mas fue mi fortuna tanta
que al caballero ni á mí
se nos agraviase en nada;
y agradecido, señor,
el referido me daba
unos doblones, y dióme
ese anillo que se ensalza
en vuestra mano real.
Me dijo, á palacio vaya,
que él era el mayordomo,
y mire no haga falta.
Nunca me acordé de ir;
seguí á Nápoles la marcha,
señor, en mi regimiento,
donde he hallado dicha tanta,
que con decir yo que era
hijo vuestro, (heróica hazaña)
y que también di la muerte
á un hijo del duque de Alba,
engañando á un mercader
saquéle su hija amada.
Paséme á España, señor,
con hacienda muy sobrada,
recibí del matrimonio
las ceremonias sagradas.
Aquí teneis mi cabeza
y la verdad declarada.
Maravillado quedó
el rey viendo la sumaria
del término de su vida,
y al mayordomo le manda
que lo mantenga en palacio.
Así estuvo dos semanas
hasta que el napolitano
la vuelta á palacio daba.
El rey le mandó que aguarde
hasta segunda ordenanza.

Mandó subiese don Juan
y venga su esposa, y traigan
una gala de la reina
para que fuese adornada.
Al soldado puso el rey
Toison y Llave dorada,
y un baston de general,
y que se sentase manda.
Cubrió con unas cortinas
de tela muy realzada
sus personas, y dispuso
que al napolitano traigan.
El rey dice: ea, amigo,
ya el pájaro está en la jaula;
ya está preso el agresor,
la sentencia ha de ser dada
entre los dos; ¿qué os parece?
¿ha de ser hoy ó mañana?
Respondió el napolitano:
si á mi gusto ha de ser dada,
como parezca mi hija
que no se le agravie en nada.
—¿Qué, á tu enemigo perdonas?
—Sí, señor, porque me agrada
aquel arte y compostura,
y disposicion gallarda.
Corrió el rey las dos cortinas,
y de esta suerte le habla:

aquí tienes á don Juan,
mira aquí tu hija amada.
Levanta, gallardo jóven,
tres veces grande de España,
caballero del Toison,
señor de Llave dorada;
fiel defensor de la vida
del gran rey de las Españas.
Levanta, señor de Illescas
y de todas sus comarcas.
Ea, buen napolitano,
ya la sentencia está dada;
idos en paz, y de Himeneo
goceis delicias sobradas.
Besaron al rey la mano
por mercedes tan colmadas.
Los títulos le entregaron
en que hoy autorizada
se ve la casa del dicho,
en Illescas la nombrada.
Gozoso el napolitano
se ausentó para su patria,
á vender toda su hacienda,
y luego venirse á España.
Y Pedro Salvador pide
al auditorio las faltas
perdone, si es que las hay
en la historia declarada.

(Autorizado segun la ley vigente.)



Madrid: 1866.

IMPRENTA DE MARES Y COMPAÑIA, PLAZUELA DE LA CEBADA, NUM. 13.